

FR. GERUNDIO.

Si quis perulerus dixerit non debere unumquemque attendere ad ludum suum, anathema sit.

Si algun perulero digere que cada cual no debe atender á su juego, malos lobos le coman.

CONC. 4. GERUND.

San Anton.

Fr. Gerundio, me decian todos, no deje Vtra. Paternidad de ir á la calle de Hortaleza el dia de S. Anton á ver las vueltas, que es una de las funciones mas curiosas que hay en Madrid. «Fr. Gerundio, me volvian á repetir llegado que fué el dia, ¿no va su Rma. esta tarde á ver la

funcion de S. Antou? Y menos por curiosidad que por no defraudar las esperanzas del público madrileño, que ya parece quiere hacer artículo preciso de ordenanza que Fr. Gerundio haya de decir algo de todas las funciones y notables concurrencias, no hubo remedio sino enderezar mi venerabilísima persona en direccion del colegio de la escuela Pia, que es donde me informaron se celebraba la fiesta del Santo.

Las calles todas que van á embocar en la de Hortaleza las encontré ya obstruidas de gente, lo cual me recordó desde luego los millares de solitarios que concurrían á poblar los vastos desiertos del Egipto, tan luego como se extendió por Africa y Europa la fama de los milagros del santo Cenobita Antonio allá en el siglo tercero de la iglesia. Sin embargo las trazas de las gentes no indicaban que su ánimo fuese ir á entablar una vida eremitica, ni que segun aquel lugar del evangelio: «si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y sígueme,» fuese su objeto como el del santo abad desprenderse de todas las riquezas mundanas para hacer vida penitente en el retiro. Aqui si alguno vende todo lo que tiene, no es para retirarse á una gruta, sino para pasar cuatro noches divertidas en Villahermosa ó en Oriente. El numerosísimo gentío que por todas las avenidas veia concurrir, y hasta la casualidad de haber encontrado en la misma direccion á nuestra amable Gobernadora en carretela abierta,

me persuadió que sería función digna de la presencia é inspeccion de Fr. Gerundio. Con esta idea arribé á la calle, la cual en medio de ser de las mas espaciosas de Madrid y de un cuarto de legua de longitud, estaba tan repletamente llena, que mas que calle parecia una tierra sembrada de personas en año de abundante cosecha. No se podia dar un paso; si de una oleada se adelantaba un palmo de terreno, de otra se retrocedia tres varas. Sospeché si estaría Martínez de la Rosa guiando aquella muchedumbre. Si á Lopez le hubiera dado la gauda de dar por allí una vuelta en el carro de la revolucion, hubiera hecho millares de victimas.

Desde luego empezaron á sonar en mis oídos á derecha é izquierda y de frente (1) las voces de: «*panecillos del santo; del santo bendito, del santo bendito.*» Era obligacion de Fr. Gerundio inspeccionar como eran los panecillos de S. Anton, tan anunciados en los diarios y tan vocados en aquellas confiterías errantes; y entré en una de ellas. Creí que serian no mas que un compuesto de harina y sal á semejanza de los que cuenta la historia servian de alimento al san-

(1) *Se interrumpe á la derecha, á la izquierda y en el centro* decía el Presidente de la cámara de Diputados de Francia en la sesion del 8.—Yo creo que aquellas cámaras están peores que la calle de Hortaleza de Madrid en dia de S. Anton.

to en su caberna, y hallé que eran unos sabrosos dulcecitos, con los cuales se podía hacer no muy ingrata penitencia. ¡Válgame Dios! dije: así honramos los cristianos la memoria de los santos; ellos hacen austera penitencia en las grutas de los desiertos, y nosotros en conmemoracion suya nos zampamos buenos dulces en la calle de Hortaleza.

Sali de allí deseoso de ver á qué se reducía la gran fiesta, pues no veía otra cosa que muchísima jente; y luchando con mil estorbos y sufriendo cien mil tropezones, llegué cerca de la iglesia y colegio de los escolapios, á cuya inmediacion quiso la buena fortuna depararme la casa de un amigo, el cual me hizo de seña desde el balcon que subiese. Yo acepté el ofrecimiento con la mejor voluntad: subí, y puesto á su lado hacía perfectamente mis observaciones, al revés que la generalidad de los hombres, que apenas se colocan en altos puestos se les hacen los ojos candelillas y no ven gota de cuanto debajo de ellos pasa.

Desde allí ví venir en direccion de la iglesia una porcion de ginetes en cabalgaduras de todas clases, condiciones y gerarquias: caballos á quienes la naturaleza ó los padecimientos por la causa de la libertad escluian de los peligros de la presente requisita. Muías y mulos, en cuyos semblantes se veía pintada la satisfaccion y la tranquilidad, y en los cuales leía yo los deseos que

interiormente llevaban de encontrarse con el dique de Gor para mostrarle su gratitud por la proposición que ocasionó el que el gobierno retirase su proyecto de requisición mular. Pollinos y pollinas tan engalanados como el famoso y célebre de la fábula de Iriarte. De sus orejas colgaban cintas y penachos: y á la manera que Enrique IV. en la batalla de Ybrí les dijo á sus tropas: «Seguidme, y donde veais el penacho de mi sombrero, allí será el mayor peligro y lo mas reñido de la batalla;» así parece que iban diciendo los pollinos: «miradnos, y donde veáis ondear estas plumas, allí está lo mas recio y vistoso de esta fiesta.» Erguidos y vanidosos marchaban mis compatriotas, si bien se vislumbraba la envidia con que miraban algunos los adornos en que creían les aventajaban los compañeros, como si por eso dejaran de ser todos de una misma especie ni pudieran salir de su esfera. A juzgar por el boato se creería que ellos ó sus dueños gozaban sueldos de Ultramar como los de la comisión regia: pero despues supe que todos aquellos adornos eran prestados. Eso es para que uno se fie de cintas y de plumajes. Tan cierto es que no puede tenerse el lujo y la brillante exterioridad por el testimonio verdadero de la riqueza. Bien que desde que he sabido que hasta los testimonios de precios de granos que presentan algunos contratistas al gobierno son falsos, pues no señalan su verdadero precio sino el que en connivencia con el escribano

acuerdan poner para mejor especular, ya no me fio en testimonios de ninguna clase.

Llamáronme la atención unos saquitos que advertí llevaban delante los ginetes, é interpele á mi amigo sobre la significacion de aquellos sacos; á lo que me respondió que en ellos llevaban cebada para cambiarla por cebada de San Anton, bendecida por un sacerdote escolapio, al cual si me hubiera acercado á la iglesia le hubiera visto revestido de alba, bonete y estola, dando y recibiendo cebada, siendo costumbre dejar siempre por devocion y como en calidad de limosna al santo mayor porcion que la que en cambio se recibe. Le interpele segunda vez para preguntarle con qué objeto ó para qué usos llevaban la cebada bendita: y me satisfizo diciendome que era con el fin de dársela á las caballerías cuando las acometiese un torozon ú otra indisposicion semejante, con lo cual se cree piadosamente que sanan, ó libran del ataque. Yo le repuse que no me parecia la medicina mas apropósito para una caballería acometida de torozon el darle cebada puesto que ella misma es la que suele ocasionar este mal. A esto me dijo que el efecto de sanar con la causa misma que produce el mal era debido á la bendicion del sacerdote hecha con la invocacion del nombre de S. Anton, ó que al menos así lo creía el vulgo. A mí no me gusta chocar con las creencias populares y así lo dejé. Son creencias que no perjudican al estado.

A poca volvieron á pasar los mismos y en la misma direccion, lo cual me dió ocasion para interpelar al amigo tercera vez sobre aquel sucesos; á lo que me satisfizo diciendo que todos los que viese pasar á caballo, los volveria á ver una vez y otra hasta nueve, que es lo que se llama las vueltas de S. Anton. Reparé en efecto, y así sucedia. Me parece que no fueron tantas las que vi dar al general Peou por las montañas de Leon y Asturias cuando marchaba tras del cabecilla Sanz; pero eran esuetamente por el mismo estilo: y á juzgar por la regla de los símiles, debo creer que aquel general se ensayó y amestró en esta calle y en dias como este para dar con el tiempo las vueltas en mas ancho círculo. Interpelé á mi amigo sobre las operaciones de aquel caudillo y no supo satisfacerme. Le interpelé tambien sobre el requisito de que hayan de ser nueve, número múltiplo y cuadrado, y precisamente compuesto del tres que es el guarismo de los misterios. Tampoco me satisfizo á esta interpelacion. Pasó en seguida un romántico muy historiado en su caballo inglés enjaezado tambien á la inglesa, pero sin penachos y sin el saco de cebada. Interpelé al amigo preguntándole si aquel hermano dava tambien sus nueve vueltas en obsequio del santo abad; y contestóme que llevaba ya dadas no nueve sino diez y siete, y que el obsequio mas le parecia dedicarle á una Antonia que frente á nuestro balcón estaba que al S. Anton de la escuela Pia.

Pasó en seguida una turba de muchachos con las caras tiznadas de carbon, con unos felpos viejos vestidos á manera de casullas, unos grandes cuernos á la cabeza, y otros arréos por el mismo estilo, dando voces y gritos, haciendo visajes, y corriendo como unos desesperados; lo cual constituia una especie de parodia del carnaval. Un hombre místico hubiera creído ver en aquellas extrañas figuras la imagen de los espíritus malignos que disfrazados en figuras de feos animales y feroces bestias dicen las leyendas que tentaban al santo cenobita tratando de aterrarle con espantosos ahullidos, con gritos horribles y visiones horrosas. Pero yo Fr. Gerundio no veía en ellos sino la alegría y los caprichos de la edad pueril; de esa edad en que no afligen los males, porque no se conocen los males. Así es que yo no pude menos de exclamar: «dichosos vosotros, hijos míos, que nada temeis y por nada os alterais. ¿Qué os aflige á vosotros que Alhucemas se pierda, ni que se lleve el diablo á Melilla, ni que Ceuta y el Peñon peligren? ¿Qué os inquieta á vosotros la pérdida de 300 piezas de batir, la falta de 40000 quintales de pólvora, ni otras zarandajas como estas? Hijos míos, dichosos vosotros y Martínez de la Rosa, que por nada tomáis aprension, ni nada os quita el sueño, ni os curais de los peligros, ni los adelantos de don Carlos os dán inquietud! Dichoso Fr. Gerundio si pudiera tener la serenidad de un Martínez de la Rosa, ó la de un muchacho que

hace su placer de tiznarse la cara, ponerse unos cueros y dar las vueltas de S. Anton! Dios os conserve esa alma grande, y á mi me preserve de los peligros que vosotros no veis y yo sí.

Hubiera prolongado este apóstrofe á no llamarme la atencion un furioso chichéo que debajo y frente del balcon en que mi Paternidad estaba, se levantó entre la muchedumbre; el cual fué creciendo creciendo hasta parar en una fuerte grito acompañada de multiplicados silvidos. Como advirtiese que toda la concurrencia fijaba la vista hácia la casa donde yo estaba, y que la silva crecia con acompañamiento de burlescas risotadas, no dejé de temer si acaso yo mismo por algun desenoído en el traje ó cosa tál seria el que escitase el ridículo sin advertirlo (que muchas veces suele suceder reirse una concurrencia y contribuir á la burla el mismo que sin conocerlo es objeto de ella); mas luego advertí que la visoa de la turba multa se dirigia mas arriba; ¿y qué era? que á los balcones del piso último de la casa de mi amigo se hallaban.... señores, ¿quién lo querrá creer? ¡Nada menos que nueve! ¡¡¡nueve!!! tantas como las vueltas de S. Anton; tantas como las musas, ¿cómo me habia de figurar yo que tan cerca me hallaba de tan escogido Parnaso! Ellas debian ser muy conocidas, y yo inferí que no debia serlas nuevo el obsequio de la grito, porque ni se retiraron, ni se imutaban siquiera. De modo que yo tenia sin saberlo, á la izquierda á San

Antonio, y encima las tentaciones del demonio.

Claro es que habia de interpelar al amigo sobre tener en su casa aquel segundo colegio de escuela *pía*; á que me contestó que lo ignoraba absolutamente, y que haria al instante cargos al casero para que tomara las medidas oportunas. Pero ¡ah! ¡Ojalá hubiesen sido aquellas solas las tentaciones! Representadas he visto en cosmorama las muchísimas que rodearon y acometieron á S. Anton en los despoblados de Heracléa; pero si bien en aquellos lugares tuvo el santo la suficiente virtud y valor para resistirlas todas, apuradillo se hubiera visto el hermano si le hubiesen asaltado las que andaban por la calle de Hortaleza el dia en que se celebraba su festividad el año 59. Yo iba á rezar por ellas la oracion del Santo como abogada que es de las cosas perdidas, y cuando empezaba á decir: «*si buscas milagros, reflexioné que era un disparate, porque las pérdidas que por allí habia no eran pérdidas, por pérdidas, sino pérdidas por demasiado halladas. Y para estas creo yo que la mejor oracion es un garrote, salvo el parecer de los peritos.*»

El pobre que tubiese la debilidad de dejarse arrastrar de aquellas tentaciones confiado en la virtud del Santo para curar males y pestes, creo que pagaria su confianza y temeridad; pues si bien su virtud alcanzó á curar aquella epidemia de humor cutáneo corrosivo que se declaró en Francia en el siglo once llamada *fuego sacro*, y

después *fuego de S. Anton* por haber sido eficazísimo remedio contra ella la invocación del Santo, témome que no hubiera servido su invocación contra el fuego sacro que pudieron producir las tentaciones de la calle de Hortaleta.

Viendo yo que aquella fiesta iba terminando, y que llegaba el caso de separarme de aquel amigo, creí oportuno dirigirle otra interpelación sobre los puntos siguientes: que se sirviese darme explicaciones sobre la conducta que había observado S. Anton en Alejandria, cuando pasó á aquella populosa ciudad instado por los obispos católicos hácia mediados del siglo cuarto: si eran auténticas las cartas al emperador Constantino que se le atribuyen al Santo; si es suya también la que dicen escribió al obispo arriano Gregorio; si es cierto que su cuerpo fué trasladado á Constantinopla cuando los sarracenos se apoderaron de Egipto: si sus discípulos ejecutaron religiosamente las órdenes que les dejó en su testamento; si es verdad que dejó una túnica á san Serapion; si fué él, como creen muchos, el fundador de la vida monástica; le pedí los expedientes que se hubiesen instruido sobre la conducta de los monges desde su institución hasta que fueron suprimidos por Mendizabal, y finalmente, que me presentase los antecedentes de la parte que hubiese podido tener S. Anton en el estado á que nos han conducido nuestros desaciertos, y principalmente en los sucesos recientes de Albu-

cemas y Melilla, y en el estacionamiento del conde de Luchana en Logroño.

Cansado y aburrido ya mi amigo con las anteriores interpelaciones, tanto fue lo que acabó de sofocarle esta última sin duda por su estension y abarcamiento, que faltó poco para dar al traste con toda nuestra amistad, y lanzarme de su casa de la misma manera que lanzaria yo á Mr. Molé si el diablo le tentára venir á mi celda. Y yo me retiré, no tanto con el sentimiento de haber irritado á mi amigo con tantas interpelaciones, sino con el temor (que aun tengo) de que tan luego como el Sr. Lopez sea satisfecho en la que tiene hecha al gobierno sobre la administracion de todos los ministerios, sobre los sucesos del 7 de julio del año 22 y sobre los del 28 de octubre del 38, haga otra interpelacion á Fray Gerundio sobre que habiendo hecho un artículo tan largo de S. Anton y sus vueltas, no ha dicho nada *del cochinillo*.